

torna, tras su pulverización, en alimento, el sér humano, caído en el sepulcro y descompuesto por la muerte, se torna espíritu beatífico, luminoso y eterno.

## DAFNE

Hemos presentado en la figura de Ceres los tiempos, que podríamos llamar divinos, de Grecia, y ahora vamos á presentar en la figura de Dafne los tiempos que podríamos llamar de transición á las edades heroicas. No debe olvidarse nunca jamás, al penetrar dentro de la civilización helena, cómo reina desde las profundidades más insondables del abismo terrestre hasta las profundidades más insondables del cielo azul aquella religión antropomórfica, la cual reviste con las formas humanas lo mismo á los seres naturales que á los seres sobrenaturales, y les da, no sólo el aspecto nuestro, sino la vida, y asaz las pasiones de tal vida, impulso, animación y movimiento. La motilla de tierra como la idea del humano cerebro, las especies animales como los dogmas religiosos, la humanidad y la divinidad, la naturaleza universal y el universal es-

píritu cobran este organismo de los individuos humanos y adquieren así sus propensiones como sus pensamientos. De aquí una contradicción manifiesta entre India y Grecia, no obstante los parentescos estrechos de sus almas y las armonías reconocidas entre sus artes y sus ciencias. Mientras en la India todo es divino, en Grecia todo es humano. Para el indio los seres materiales forman parte de Dios, y para el griego los dioses forman parte de la humanidad. Por eso, mientras en la India una vida exuberante, intensa, genera las selvas inexplorables, los montes inaccesibles, los mares indómitos, en Grecia el suelo se alinea y redondea para ofrecer hospitalidad al hombre, y todos los seres se ponen á una so el imperio de su mano en aquella península bienhadada y de clima dulcísimo, en aquel coro de islas canoras y espléndidas, bajo aquel cielo siempre azul, cuyas celestes profundidades parecen despedir gotas de vivificador éter, semejantes á revelaciones de ideas, sobre todos los seres, enlazados por tal maravillosa manera y suerte que componen y forman como una especie de oda, y dejan tras sí en las geométricas riberas, en las melodiosas ondas, en el mar celeste y en el cielo infinito estelas inextinguibles de dulces é incomparables armonías.

El tiempo que vamos á describir ahora, y la nin-

fa que ahora vamos á bosquejar, entran en las edades conocidas con el nombre de diluvianas. Ya hemos dicho varias veces cómo la tradición del diluvio se dilata entre todos los pueblos, siquier provenga de un origen caldeo, y llega de un labio á otro labio, de un oído á otro oído, hasta los tiempos de Grecia, donde aparecen un Deucalión y una Pirra parecidos al matrimonio de Noé y su mujer, pero, como el matrimonio de Noé y su mujer, proveniente de las orillas del Éufrates. Así como para presentar, por ejemplo, la figura de Dido tendríamos que recurrir á la *Eneida* inspiradísima de Virgilio, para presentar la figura de Dafne tenemos que recurrir á los poemas de Hesiodo y á los metamorfoseos de Ovidio. El poeta nos presenta, para referirnos la transformación de la hermosa ninfa, el instante supremo en que la mar vuelve á sus riberas, los ríos á su cauce, las colinas á su antigua sequedad, los árboles á su follaje, bajo los montones de limo aglomerados sobre todo por los tumultos del agua, y esto es eminentemente hesiódico. Dos humanos tan sólo han podido salvarse: Deucalión y Pirra, quienes, al verse tan solitarios en aquel mundo poblado, antes de las lluvias diluviales, por especies múltiples, á una siéntense como heridos mortalmente de indecible tristeza. Deucalión se dirige á su esposa, la mujer singular que

únicamente ha quedado sobre la tierra junto á él, y le comunica sus tristezas. Esto de que las auroras con sus albas y los ocasos con sus arreboles, que antes animaban y teñían tal número de seres, ahora sólo esclarezcan, cual antorchas funerarias la triste losa del sepulcro, un vasto desierto, tráele apenadísimo en tal manera que sus ojos diluvian lágrimas y sus pulmones exhalan verdaderos huracanes de mal ahogados suspiros. Y no solamente se duele de la miseria y de la soledad que ve por todas partes en aquel cementerio infinito; duélese también de las nubes que todavía oscurecen el horizonte, y que amenazan, en su espesor y en su lóbreguez, con diluvios nuevos, á los cuales quizá ellos mismos no pudieran preservarse.

Hijo de Prometeo, Deucalión ¡ah! no ha podido heredar la virtud creadora de su padre, quien dió el fuego á la tierra, y con el fuego á la tierra el espíritu á los mortales. Castigado por tal atrevimiento, que se parecía de suyo á una suplantación de las fuerzas divinas y creadoras, cuando clavado en los riscos y expuesto á las inclemencias de los aires se retorció herido por el dolor en sacudimientos gigantescos sin que nadie le mandara consuelos y alivios, una satisfacción tenía, satisfacción profundísima, la de haber convertido por la llama y sus resplandores el mundo en cielo y la de haber hecho

por el espíritu y por sus ideas del hombre un Dios. Pero Deucalión no podía medirse con su padre y necesitaba consultar los oráculos y los dioses para saber qué auxilio podían ofrecerle y qué consejo darle, á fin de buscar pronto y encontrar seres humanos de quienes acompañarse y con quienes vivir, como se habían acompañado y habían vivido antes. Para un griego no hay auxilio como el prestable por los oráculos, ni sitio alguno propicio como el consagrado por las antiguas liturgias. A las orillas del Cefiso, cuyas olas todavía turbias iban dejando el poso y el limo, se acercaron para cumplir las litúrgicas ceremonias conducentes á traer un consuelo y un consejo de las divinas alturas á la desgarrada y rota tierra. ¡Qué aspecto presentaban los antes hermosísimos territorios! El templo destruido, el ara solitaria, el fuego extinguido, el pavimento embarrado, el terreno todo con grietas parecidas á fauces entreabiertas de monstruos y el horizonte oscurecido por bandadas de nubes. Temis allí habita, y á Temis recurren los que han menester de una virtud fecunda que sirva para reanimar el humano linaje, si es que los dioses no aparecen después del diluvio inexorables y quieren auxiliar aún á los mortales en sus trabajos y sostenerlos así contra el dolor como contra la muerte. Entonces la diosa, conmovida por tan grandes affic-

ciiones y tocada en su corazón por aquellas súplicas, les dice cómo deben apartarse del templo con prontitud, cubrirse la cabeza con espesísimo velo, atarse los vestidos al cuerpo con cingulos, é inclinándose sobre la tierra, coger los huesos de sus padres y arrojarlos sobre los hombros á sus espaldas.

Absortos quedan Deucalión y Pirra sin poder creer á sus propios oídos. En los tiempos y en los pueblos helenos predominaba sobre todos los cultos el culto á los muertos. La piedra del sepulcro servía como de base á la piedra del hogar. Formaba la familia una especie de sacerdocio, porque los supervivientes consagraban toda su vida y todo su sér al recuerdo y al culto de los desaparecidos. Sacra la sepultura, inviolables los huesos, no podían las gentes griegas abrir aquellas losas cerradas y sacar aquellos restos intangibles sin que la maldición del cielo cayese sobre sus cabezas y las llamas del infierno devoraran sus cuerpos. Por consecuencia, Pirra declaró, más religiosa que Deucalión, como buena mujer, que preferiría vivir por toda una eternidad en aquel desierto á repoblarlo por medio de una sacrilega profanación. Más reflexivo Deucalión, comprendió que algunas significaciones ignotas cerraban las palabras oraculares y se propuso descifrarlas. Dando vueltas allá en su interior á lo que había dicho el oráculo, comprende como lo tocante

á los huesos se refiere, no al padre de familia y á su especie, sino á otra paternidad, á la del suelo patrio, donde se anima y se calienta la universalidad de las cosas como en unas verdaderas entrañas. Y siendo los huesos de la tierra sus piedras, con tirar éstas sobre los hombros y á la espalda quedaba completamente obedecido el mandato supremo y explicada la fórmula divina.

Aunque repugnó mucho á Pirra esta interpretación y desesperó de que pudiese resultar verdadera, conformóse con la opinión de su marido, como buena esposa, é interpretó el oráculo de la guisa que deseaba él, é inclinándose resignada sobre la tierra, pusieron uno y otro á echar sobre sus hombros y á sus espaldas los guijarros invenidos en su carrera. ¡Prodigiosa maravilla! Ovidio mismo, narrador más ó menos crédulo de tantos milagros extraordinarios, dice cómo no podría creer aquello que se propone referir si no lo atestiguaran cien viejas y sacras tradiciones, admitidas por todos los pueblos antiguos y consagradas por el transcurso de los tiempos. Conforme las piedras salidas de las manos de aquellos esposos tocaban en el suelo, sufrían maravillosa transformación. De duras se tornaban blandas. Sus moléculas de granito asemejábanse á tenue levadura. Crecían de súbito, como si en vez de pertenecer á la esfera mineral pertene-

ciesen á los vegetales. Su forma tosca y su materia ruda cambiábanse por ensalmo. Y á medida que tal cambio iba verificándose, dibujábanse como por magia en ellas esbozos informes de humanas figuras, no bien claras, como todo lo incipiente y rudimentario. El poeta compara tal estado de las piedras en aquel momento con los desbastes que á una mole ó trozo de mármol lleva el escultor cuando la fiebre de su inspiración lo posee, y pugna, trazando allí, donde no hay líneas todavía, proporcionada y armoniosísima estatua. La tierra interpuesta entre los intersticios de toda piedra se trocaba en filamentos de carne, la parte firme y sólida en huesos, lo húmedo en verdadera caliente sangre. Las vetas pasan á venas, y el calor de la vida y su movimiento presiden allí donde reinaban la inercia y el frío antes. A tal transformación debióse que los estragos del diluvio cesaran y que los dos seres guarecidos contra sus estragos en favor celeste concluyeran por verse de nuevo entre una humanidad regenerada y nacida nuevamente del seno de una tierra, la cual no se cansa en el trabajo de producir y de crear.

Todas las piedras arrojadas por Deucalión se habían convertido en varones, y todas las piedras arrojadas por Pirra se habían convertido en mujeres. Según las viejas teogonías de Ovidio y de su

antecesor Hesiodo, la tierra, blandísima por el diluvio, produjo espontáneamente las especies inferiores que debían completar al hombre y auxiliarlo en su trabajo de someter la naturaleza. Como para un clásico antiguo todo se convierte á una en humano, y todo á las fuerzas humanas se asemeja, la humedad y el calor formaron una especie de matrimonio, y por este matrimonio generado nacieron los demás seres inferiores al hombre. El calor fué como el marido y la humedad como la mujer. Bajo el cielo inmenso, á los rayos del sol abrasador, ayudados con el limo puesto por las inundaciones en los terrenos bajos y con la muchedumbre de gérmenes contenidos en los campos, todavía regados y fecundos, animáronse mil especies, vistiéndose de las formas indispensables para revelarse y tomando los órganos proporcionados al fin que cada una de ellas debía realizar y cumplir en la creación universal. Por consecuencia, los dos seres humanos, al diluvio huídos por celestial intervención, viéronse acompañados, no sólo de aquellos semejantes suyos que necesitaban para componer una sociedad, sino de las especies inferiores que necesitaban para dominar sobre la tierra. Los antiguos teólogos comparan esta erupción de ardiente vida que produjo tal multiplicidad riquísima de seres con el fenómeno que producen las aguas del Nilo, el río de las siete



desembocaduras, al retirar sus caudales de aquellos espacios y reducirse de nuevo á su antiguo cauce. El espeso limo que ha dejado se anima súbitamente á los rayos del sol. Y de tan grande animación, producida por el calor diurno, surgen mil animalillos, los cuales muestran por todas partes la intensidad increíble de aquella vida. Tales corpusculillos, mal formados todavía, animan el surco y dejan en sus líneas una especie de fermentación prodigiosa. Los contrarios, reconciliados por el amor, producen los manantiales de toda vida. Es enemigo de la humedad el calor, es enemigo del agua el fuego. Y, sin embargo, por esas combinaciones misteriosas de la vida, los que allá en sus excesos resultan contrarios, templados, disminuídos de intensidad, puestos en ciertas condiciones y en cierta medida, lo generan todo y todo lo producen. ¡Cuánta vida no va encerrada en ese vapor acuoso que los rayos solares extraen del terruño, y que, ascendido á las alturas, forma las nubes, de cuyo seno desciende la lluvia fecundizadora sobre los campos, que se revisten de vida merced á la humedad y al calor!

En la transformación que trajo el diluvio, las especies, producidas por el sol y el agua en aquel estado, tenían algo de muy extraño y conservaban mucho del medio ambiente, como le sucede al pólipó, que cambia de color según el pedrusco donde

se nutre y al árbol cuyas frutas toman los sabores del terruño donde se arraiga. Estos días fueron días de verdadera creación, y merced á ellos, no solamente renacieron las especies antediluvianas, sino que brotaron otras, en tiempos anteriores desconocidas por completo. Pero no había entrado la tierra en toda su armonía; necesitábanse dos instrumentos para pulirla y hermosarla: el tiempo creador y el trabajo humano. Merced á la gran catástrofe del diluvio, había vuelto de suyo á los siglos y á los períodos aquellos en que abortaba monstruos y monstruos informes por todas partes. Inútilmente el matrimonio de Pirra y Deucalión engendrara los nuevos seres humanos; inútilmente el matrimonio de la humedad y el calor engendrara las nuevas especies inferiores. Los monstruos abortados por aquel exceso de vida y aquella embriaguez de animación oponíanse á toda tranquilidad y armonía en la naturaleza, difundiendo por doquier con furor una espantosa contradicción muy semejante á exterminadora guerra y muy conducente á desgarrar, más que á recomponer, las doloridas entrañas de nuestro misérrimo planeta. Con ese arte, que de reducirlo todo á un drama humano, tenían los antiguos, la época esta de monstruosidades sin cuento y de monstruos sin número se halla por un animal simbolizada. Este animal

es aquel mismo que tentó á nuestra primera madre allá en el Paraíso; este animal es la serpiente. Bajo su piel de mil colores, en su flexibilidad maravillosa, en su carrera tortuosísima, en sus ojos magnéticos, así como esconde fascinaciones múltiples y aun bellezas que recrean la vista, esconde también múltiples ponzoñas, amenazando con sus destructores anillos, con su flexible cola y con su agudo áspid, al hombre y á los animales, del hombre compañeros, al cultivo y sumisión de la tierra necesarios.

Pitón se llamaba la serpiente que produjera tantos males y desencadenara tantas guerras. Desconocida en el suelo helénico antes de la época diluvial, petrificaba de frío y de terror á sus míseros hijos en aquella edad tormentosa. Ocupando un espacio inmenso y teniendo una enorme altura, parecía muy próxima de suyo á caer sobre los mortales, y aplastando éstos, hiriendo aquéllos, á producir nueva desolación y despoblaciones nuevas en el suelo, por completo esterilizado. Necesitábase un salvador, pues los pueblos no podían vivir entre aquellos terrores con la inseguridad y la incertidumbre propias de quien teme á cada momento la muerte. Y apareció entonces Apolo. Inútil decir, para cuantos saben cómo los antiguos personificaban este dios, la serenidad que debía producir en la Hé-

lade su auxilio tan pródigo como saludable. Aquel carcaj lleno de flechas á la espalda, el tirante arco en las manos, difundían las mayores y más consoladoras esperanzas. Sin embargo, estas flechas suyas no se habían hasta entonces disparado sino en las cacerías, y no habían herido más que á gamos y ciervillos de lustrosa piel y de piés ligerísimos. Una serpiente tan enorme y tan fuerte necesitaba, si había de caer por tierra completamente, recibir más flechas, apurar más y más el carcaj divino de Apolo. En efecto, no escaseó el dios sus esfuerzos y no economizó sus armas. Cuantas flechas tuvo á mano despidió contra la serpiente Pitón, clavándose todas en aquel cuerpo colosal. Cuando ya vió su carcaj exhausto por completo, vió también el reptil muerto á sus plantas. Y en tal estado, la victoria no podía estar indecisa mucho tiempo. Estremeciéndose la serpiente, vibró su látigo, esgrimió su áspid, amenazó con sus fuertes anillos, pero todo en vano; la obra de Apolo estaba completa y el terrible animal vomitó por mil heridas su sangre y sus venenos.

En conmemoración de tan bella victoria instituyéronse los juegos píticos, tomando tal nombre de la vencida serpiente. El joven atleta que, después de haber ejercitado sus fuerzas en escultóricas actitudes, luchaba con sus compañeros á cual-

quier juego y á cualquier porfía, ya vencedor, no encontraba en los vegetales producidos por aquella edad un premio correspondiente á su mérito. Después de haber corrido, bien á pie ó bien á caballo, y de haber llegado á la meta mucho antes que sus competidores, encontrábase con una tosca corona de robusta pero mísera encina. La tierra no había producido aún, como desgarrada por catástrofes sin cuento, ni el mirto, planta de la gloria, ni el laurel, planta de la inmortalidad. Necesitábase de tal vegetación deliciosa, de tales flores, unas célebres por su color y otras por su aroma, no sólo para premiar al hombre, para embellecer al planeta. La producción del hermosísimo laurel trae consigo un drama humano: que así deben llamarse por su contextura propia y por su intrínseco interés todos los viejos mitos. El amor entra por una gran parte, como en todos los dramas, en este drama sacro. Los antiguos llamaron al amor pasión, que significa dolor ó padecimiento. Así, considerábanlo muchas veces como un castigo del cielo. Por tal castigo lo tuvieron en este caso. La pasión que Apolo debía sentir, pasión no compartida por el objeto de su amor, provenía de una ira celeste. Como quiera que un día se burlara cruelmente Apolo de Cupido, juró tomar éste un cruelísimo desquite. Estaba el amorcillo tendiendo su arco y se resis-

tía mucho á la tensión impresa por aquella su débil mano de niño. Rióse mucho Apolo de la niñez de Cupido, de su debilidad, de su torpeza, del trabajo que le costaba montar su arco y despedir su flecha, trabajo sólo propio de un dios varonil como él, fuerte como él, sabio como él, que así acababa de tender por tierra tantos brutos feroces como de aniquilar aquella serpiente Pitón cuyo cuerpo se dilataba y extendía por tantas leguas de tierra.

En su orgullo, aconsejó Apolo á Cupido que guardase sus flechas para el amor y que no tratara de esgrimir las ni emplearlas en las cazas ó en las guerras. El hijo de Venus se irritó mucho á este insulto del dios Apolo. En su irritación le advirtió que ningún sér podía eximirse ni escaparse á su autoridad y á su imperio. En todo el espacio inmenso, en todo el tiempo perdurable, reinará el amor siempre sin que nadie pueda evitarlo. Para probar esta verdad ocurriósele al dios una idea verdaderamente horrible, la idea de lanzar al corazón de Apolo una flecha que le sugiriera el amor á la ninfa Dafne y al corazón de la ninfa Dafne una flecha que le sugiriera el aborrecimiento al dios Apolo. No hay pena como la de amar y no ser amado en este mundo. No hay castigo como aquel que aviva ó enciende una pasión y luego deja esa pasión ar-